

# ACERCA DE LAS TENSIONES ENTRE ETICA Y POLITICA: EL CASO ESPAÑOL (\*)

José AUMENTE

Sevilla

## 1. EL RELATIVISMO ETICO DE LA POLITICA

En los años del Gobierno PSOE se ha venido acentuando una disociación entre ética y política. Y esta disociación adquiere ya unos niveles verdaderamente alarmantes. Raro es el día que no aparece en la prensa algún nuevo caso de corrupción, de negocio sucio, o de manipulación descarada —abiertamente fraudulenta— en cualquier acción política. La relación entre conducta ética y actividad política aparece ya como algo absolutamente distanciado, cuando no radicalmente contrapuesto.

Esta disociación se pone también de manifiesto en el funcionamiento de todas las instituciones públicas. Pero también, incluso, se traslada —o, por mejor decir, tiene su base— en la propia sociedad civil. Habría que preguntarse, en consecuencia, si los políticos son ejemplos que sirven de referencia, o más bien son reflejo de lo que en el fondo ocurre en el funcionamiento de toda nuestra sociedad.

Me voy a permitir, a este respecto, unas cuantas consideraciones. Es bien sabido que son hoy valores superiores en la *ideología predominante* los siguientes: el *tener* —dinero, posesiones—, el *consumo* —vivir el presente como disfrute de todas las posibilidades— y la *popularidad, los honores*, a consecuencia del alto nivel de los medios de comunicación que configuran un predominio de la *imagen*. Por otra parte, me atrevería a afirmar que la delincuencia, la drogadicción y la política se han convertido en *atajos* para entrar rápidamente, por la puerta falsa, en cada uno de este trío de valores.

---

(\*) Fragmentos de este texto han sido publicados —en el curso de su elaboración— en “Diario 16” (20-12-87) y “El Independiente” (9-1-88).

Vivimos, por lo tanto, en una época de perplejidad ética. Desde el momento en que sociológicamente no existe un “código” o un “decálogo” que sea común para todos —fundado en la religión; y, subsidiariamente, para otros, en la cosmovisión más o menos dogmática que fue el marxismo— se ha entrado en una etapa de *relativismo ético*. Si falta la confianza en un quehacer colectivo, comunitario, es previsible que cada cual “vaya a lo suyo”; si falta un “*élan vital*” reformador —no ya revolucionario— para mejorar la sociedad, puede predominar el egoísmo individualista de ver “quien saca la mejor tajada posible”.

Cabe entonces preguntarse cómo es posible que se mantenga la estabilidad social, si no existe un marco común de referencia, de valores y de creencias. Y la explicación es que la estabilidad social no se consigue ya por coherencia ideológica, ni por un consenso entre los valores. Tales mecanismos pudieron actuar durante la larga etapa del feudalismo y durante el capitalismo primitivo. Hoy, en el capitalismo postindustrial, ya no hacen falta. Son otros los procedimientos. Por ejemplo:

a) Existe una *integración secundaria*, a través de la gran hipertrofia y, sobre todo, enorme eficacia, de los medios audiovisuales de transmisión de modas sociales y preferencias de consumo y ocio.

b) Se produce una “aceptación pragmática” de la realidad cotidiana, como algo que se impone por sí mismo, que se apoya en la fuerza tremenda de lo rutinario y de lo que se piensa que no puede salirse. También es verdad que no se percibe una alternativa válida. Se imponen, pues, los imperativos de la vida cotidiana frente a las utopías descalificadas por la experiencia.

Las consecuencias están a la vista: se ha conseguido una evidente pasividad en las clases subordinadas y una pérdida del miedo en las privilegiadas. No hay, pues, los duros enfrentamientos de antaño, la violenta conflictividad dualista —en dos frentes radicalmente enfrentados— de otros tiempos. Lo cual tiene, evidentemente, su lado positivo. Al fin y al cabo, la violencia siempre surge —como dice Pániker— de aplicar un pensamiento reduccionista y simplificador a una realidad hipercompleja y móvil.

Lo cierto es que el Gobierno —la “nomenklatura” política dominante— ha conseguido *ser soportado*. Es decir, no aspira a ser admirado, querido, ni siquiera apoyado, sino que se conforma con ser *resignadamente aguantado*, entre otras razones porque no se vislumbra algo claramente mejor.

Sobre este subsuelo se monta la actividad política propiamente dicha. Una actividad que tiene como objetivo alcanzar poder institucional, en sus distintos niveles; y, una vez conseguido, mantenerse en él un máximo de tiempo posible. Pero la doble pregunta surge de inmediato: ¿poder *para qué?*, y, ¿poder a través de *qué medios?* La dialéctica entre *medios* y *finés* tiene indudablemente unas connotaciones éticas, de las que no puede desprenderse. Y, por supuesto, no se pueden disociar los *medios* de los *finés*. Aquí es donde quiebra hoy la política en nuestro país. Por una parte se vota un proyecto político —el “cambio”, que “el país

funcione", 800.000 puestos de trabajo, la salida de la OTAN—; y, después, *se hace absolutamente lo contrario*. Por otra parte, al "traicionarse" descaradamente estos fines, e intentar sin embargo mantenerse en el poder, se acude a la manipulación, el engaño, la prepotencia, el aprovecharse más y mejor de todas las oportunidades que se le ofrezcan. Es decir, un comportamiento absolutamente inmoral. Lo cierto es que la corrupción, tanto en los medios como en los fines, se ha generalizado hoy entre los políticos que ocupan el poder. Y aunque los fines puedan resultar en la práctica más o menos inalcanzables —la ingenuidad puede ser disculpable—, no es así con los medios, de los que se es siempre absolutamente responsable.

En definitiva, aunque hayan desaparecido sociológicamente los preceptos generales válidos —el deber de cumplir de tal o cual forma—, lo menos que se le puede pedir al político, y con ello aspirar, es a una *moral como actitud*. Una actitud moralmente coherente con la propia dignidad, pero en el fondo vertida al servicio de los demás, al interés de la comunidad, y no al suyo propio. O sea, lo que se ha dado en llamar una *ética cívica*: respeto a las opiniones de los demás; renuncia a toda clase de coacción, represalia, engaño o manipulación; y aceptación de la crítica, el diálogo y la negociación como procedimiento para resolver los muchos antagonismos que necesariamente existen —y conviene que existan— en una nueva fórmula de "complejidad ambivalente". En definitiva, respeto moral al contrario, en cuanto es el contrapunto que puede enriquecer la propia postura. Y, sobre todo, un *no aprovecharse* para beneficio propio de las ventajas de toda índole —incluso sexuales— que da el ejercicio del poder público.

La dialéctica entre ética y política debe ser —y de hecho lo es— un tema candente.

## 2. LA POLITICA COMO MANIPULACION

Però nuestra realidad es muy otra. La política, por mucho que Marx lo pretendiera, no es una ciencia. Más bien se acerca a lo que anteriormente Maquiavelo describiera como un arte: un arte más o menos marrullero, pero evidentemente sin escrúpulos, de conseguir primero, y mantenerse después en, el poder.

Durante los 40 años de franquismo hemos estado soñando en el advenimiento, con la democracia —sufragio universal, partidos, parlamento, libertades de expresión y asociación—, de unos modos limpios y bien clarificados de hacer política. Y después de diez años, a pesar de que las libertades formales se mantienen bastante bien, lo cierto es que *la política como manipulación* —como arte de engañar, seducir, maniobrar y, en definitiva, imponerse— no ha sufrido demasiados cambios, e incluso se manifiesta más abiertamente.

Y es que hay un principio que en política se ha consagrado como fundamento de la misma, según el cual sólo el éxito justifica lo adecuado, incluso cuanto de

verdad tiene cualquier acción. Sólo el triunfo legitima que “se estaba en lo cierto” y que se ha hecho “lo que se tenía que hacer”. Y, sin embargo, aparte de que la verdad no siempre se acompaña de su imposición general —de su éxito más o menos histórico o coyuntural—, también habría que concretar más en qué consiste triunfar; es decir, en qué y para qué se ha conseguido. Y, por supuesto, de qué medios se ha valido. Porque, si como anteriormente he dicho, la política es el arte de alcanzar el poder y mantenerse en él, tal actividad no puede ni debe desprenderse de los *medios* que utiliza para ello, ni de unos *finés* —un proyecto, unos objetivos— a los cuales pretenda dirigirse.

Sirva todo este preámbulo para cuestionarnos muy seriamente algunos aspectos fundamentales de la política seguida por el PSOE, sobre todo en lo que se refiere a ese dato, del que tanto alardean: haber conseguido la “consolidación de la democracia” durante su mandato. Ya que la primera pregunta que habría que plantearse es la de aceptar si por el simple hecho de haberse alejado el peligro de un “golpe militar”, ello supone una garantía democrática. Porque, ¿a costa de qué se ha alejado éste? ¿En qué “clase” de democracia vivimos? ¿A qué se ha renunciado y bajo qué valores se ha “triunfado”?

Para mí, hay un hecho fundamental o clave, que es el siguiente: si para mantenerse en el poder hay que traicionar unas promesas y un proyecto político, ese partido-programa-esperanza ha resultado, en definitiva, derrotado, por mucho que su grupo de dirigentes se sientan satisfechos y sigan gozando de las ventajas del Gobierno. En realidad, insisto, han fracasado. Aún reconociendo que no se puede ser —evidentemente— en exceso dogmático, tampoco hay que ser tan exclusivamente pragmático, conformista y maniobrero como para renunciar a todo principio ideológico, a toda “razón de ser” de un proyecto político. En definitiva, más tarde o más temprano se paga esa tentación que supone eliminar todo el discurso filosófico-político.

Bien es verdad, no obstante, que se han dado unas circunstancias —de las llamadas clásicamente “condiciones objetivas”— que han sido y son lo menos aptas para aplicar unas teorías socialistas. También es cierto que, guste o no guste, ha habido y hay que plegarse a la lógica del orden económico internacional. Tampoco se pueden ignorar las coacciones que el mundo duro y real, el mundo de los “poderes fácticos”, ejerce sobre cualquier índole de poder político. Todo esto es verdad, y son razones de mucho peso. Pero también es cierto que se ha cambiado de orientación basándose en la intuición inexplicitada de los jefes, y no en los análisis teóricos, debates serios, en reflexiones en común. Y las consecuencias están a la vista: hoy el PSOE en el poder no sabe a ciencia cierta a donde va, por qué y para qué actúa como lo hace. No han explicado a la nación, ni se explican a sí mismos, cómo y por qué han cambiado su conducta y han dado la vuelta a su política. Se han instalado confortablemente en lo existente, se han adaptado perfectamente a los vicios de una sociedad egoísta-negociante-especulativa, y les ha gustado en exceso el poder por el poder. No hay información veraz y suficiente, no hay participación real del ciudadano, no hay la imprescindible

limpieza en la gestión, y no hay, en conclusión, el grado necesario de democracia con el que antaño muchos soñábamos.

Una observación general: la gran asignatura pendiente que tiene el hombre como tal —la humanidad en su conjunto—, y ello ha supuesto el fracaso de todas las revoluciones y todos los proyectos, es su radical *contradicción*, siempre presente, entre *lo que dice* y *lo que hace*, entre sus teorías y su práctica. De aquí que, a mi modo de ver, la gran conquista que hoy por hoy está por conseguir —y el hombre necesita perentoriamente alcanzar— es la de la *coherencia*. Es decir, hacer lo que dice y decir lo que hace. Pero para ello hay un grande y hasta ahora insalvable inconveniente: con *coherencia*, o, lo que es lo mismo, con la *verdad por delante*, no se triunfa. Y el PSOE ha seguido con absoluta fidelidad esta experiencia.

La última intervención de Felipe González en TV —programa de la Prego del 2.XII.87— ha sido paradigmática en este sentido. Con una actitud paternalista, “más allá del bien y del mal”, procurando dar la impresión de que se está convencido de lo que se afirma, nos ha dicho a todos los españoles que nuestra economía marcha muy bien, como si unas cuantas cifras macroeconómicas (inflación, PIB, etc., pero sin contar el paro y el comercio exterior) fuesen suficientes. Y además, por si fuera poco, que “el Gobierno ha conseguido resolver los problemas históricos que nuestra sociedad y el país tenían planteados”. Ni la más mínima autocrítica, por lo tanto. Minucias, “flecós” que no hay ni siquiera que nombrar, serían el caos de la justicia, de las cárceles, de la seguridad ciudadana, de la Universidad; es decir, el *desfuncionamiento* total de la Administración Pública. Tampoco tiene ninguna importancia la corrupción generalizada, los negocios sucios, el capitalismo salvaje y fundamentalmente especulativo, el tráfico de influencias y, en definitiva, la degradación moral a que nuestra vida económico-social ha llegado, y ello con la manifiesta connivencia de la clase política. Nada de esto merece la atención de nuestro Presidente, más atento a las relaciones internacionales que a los problemas de fondo de nuestra sociedad.

En definitiva, duele afirmar que la política sigue siendo hoy, incluso más que ayer, y pese a un Gobierno que se autotitula de izquierdas, un *arte de manipular a los hombres*. Y se apoya, casi exclusivamente, en la *ética de lo capitalizable*. Es decir, en la exaltación como verdadero de sólo *lo que triunfa*; en el afianzamiento de la arrogancia, la prepotencia y hasta la agresividad manifiesta, con tal de que resulten políticamente rentables. El éxito justifica todo, y los *yuppies* de la política —los nuevos *yuppies* del PSOE que se adaptan a todas las circunstancias y lo mismo hubieran sido franquistas de haber nacido antes— marcan la pauta del verdadero camino en esta deplorable forma de hacer política. Cuentan para ello con dos principales armas: una, la que supone el control de TV; y otra, la que implica los datos del Centro de Investigaciones sociológicas (CIS) para saber el terreno en que se actúa. Dos armas fundamentales para maniobrar con la suficiente eficiencia.

La pregunta queda planteada: ¿Acaso es la política algo que nada tiene que ver con la *verdad* y con la *ética*? Afortunadamente, las manipulaciones tienen sus límites y, más tarde o más temprano, pierden credibilidad, e incluso se vuelven contra sus autores. Afortunadamente, tampoco la gente se “chupa indefinidamente el dedo”.

### 3. POR UNA NEO-MORALIZACIÓN DE NUESTRA DEMOCRACIA

De entrada, yo quisiera plantear los siguientes interrogantes: ¿Hay alguna institución pública que funcione bien y que pueda resistir una investigación y una crítica? ¿Hay alguien que se sienta realmente representado por los diputados de nuestros parlamentos —Madrid o autonómicos—, nuestras diputaciones y nuestros ayuntamientos? ¿Hay alguien que en su relación con el Estado no se sienta defraudado, engañado y, por supuesto, manipulado? Y, si esto es así, como lo es, habría que plantearse muy seriamente cual es la índole de nuestra democracia y hasta qué punto nos sirve “la que tenemos” en nuestro país. Con algo todavía más preocupante: que “lo que tenemos” no experimenta una tendencia a la mejora, sino, al contrario, más bien a la baja, a degradarse más y peor.

No todo se arregla con que nos muestren unas cuantas cifras macroeconómicas —PIB, IPC y otras “solchagadas”— para intentar convencernos de que el país marcha bien y de que seremos pronto la “locomotora de Europa”. Tampoco es suficiente echar mano al Horizonte 92, y con sólo dos grandes espectáculos, Sevilla y Barcelona, al fin y al cabo dos inmensas folklorizaciones —histórica y deportiva—, decir que nos convertiremos, sin lugar a dudas, en un verdadero “país de las maravillas”. Por favor, un poco más de seriedad, y descendamos al pan nuestro de cada día, a las horteradas y mediocridades de nuestros más directos político-administradores, y nos daremos cuenta inmediatamente de que esto necesita antes, mucho antes, un “golpe de timón” que neo-moralice nuestra vida pública y, en definitiva, sanee nuestra democracia.

Porque lo cierto es que el sentimiento general hoy dominante es la *desmoralización* de nuestra sociedad, su pérdida de confianza en un quehacer colectivo, en una empresa común; la pérdida de toda confianza-esperanza en un cambio a mayor y, por supuesto, en que este cambio pueda ser liberador. Sentimiento extendido a los propios gobernantes del PSOE. Y entonces cada cual se “tira al monte”, empieza la “ley de la selva”, y cada uno sólo procura aprovecharse y llevarse más y más rápidamente aquello que esté al alcance de su mano. Yo no podría decir si ahora hay más o menos *corrupción* que en otras épocas; lo que sí me atrevería a afirmar es que nunca ha sido tan *descarada*, tan a la luz pública, tan en el conocimiento de todos y, sin embargo, paradójicamente —lo que es una contradicción—, tan absolutamente *impune*. Y quizá sea así por esta *resignada desmoralización* que toda nuestra sociedad padece. Nos vamos acostumbrando a verlo todo tan normal, tan corriente, tan común, que ya apenas se le presta atención. Estamos perdiendo capacidad de asombro, de indignación y, por

supuesto, también de reacción. Posiblemente una de las modificaciones que el “cambio felipista” ha introducido en la mentalidad de los españoles sea esta actitud de resignación desmoralizada, con la que todos soportamos una situación degradada y degradante. Aquí no pasa nada. Abusos, corrupciones, “chorizadas”, afianzan en su cargo a aquél que las realiza. Uno o dos días en las páginas de la prensa, y todo queda asumido y deglutido por las largas manos de los poderes institucionales y la resignación pasiva de los ciudadanos, anestesiados con el “esto no tiene arreglo” o el “todos son iguales”. Tremendo panorama.

Hay algo que está sin explicar en esta línea política “felipista”: ¿por qué no se cesa a los ineptos, a los corruptos o a los “chorizos”, sino que, por el contrario, suponen tales comportamientos unas garantías de permanencia en sus puestos? Posiblemente —y sería así una contaminación franquista— porque de esta forma se asegura mejor una absoluta fidelidad al poder constituido. Da estabilidad y firmeza —una de sus obsesivas constantes políticas— al sistema por él establecido: el despotismo pseudodemocrático. Con un error que a la larga le puede originar perjuicios: que tal línea política necesita también, simultáneamente, el contrapunto de algunos, de vez en cuando, “chivos expiatorios”. Y esto todavía no se ha realizado, lo cual puede acarrearle problemas.

¿Una neo-moralización, pues, de nuestra democracia? Posiblemente sea un objetivo hoy prioritario. Pero una neo-moralización de nuestra democracia supone dos requisitos imprescindibles: a) reforma para un mejor funcionamiento de nuestras instituciones parlamentarias: ley electoral, reglamentos de los distintos parlamentos; b) una modificación en los comportamientos políticos, hasta alcanzar un mínimo de *ética cívica*. El libre juego de los antagonismos debe encontrar un cómodo juego para manifestarse, coincidir y consensuarse, en una cada día nueva *complejidad ambivalente*. Nada de imposiciones por la fuerza de los números. Nada hay más peligroso que un hombre o un grupo que se crea en posesión de la verdad absoluta. La “interdependencia de los contrarios” es una vieja constatación de, nada menos, que Heráclito —la enantiodromía—, y supone un redescubrimiento que hay que actualizar, en la práctica, como base de la democracia.

Y, por otra parte, habría que llegar al convencimiento de que toda *autoridad política* no puede sino apoyarse en, venir respaldada por, una propia *autoridad moral*. Bien es verdad que la época que confiaba en la esperanza mesiánica de una revolución política, económica y cultural y, en conclusión, moral, ha terminado; pero también es cierto que, más modestamente, no debemos hoy perder de vista que la *neo-moralización* de la democracia es un imperativo de nuestro tiempo. Habría que aceptar al contrario con todas sus consecuencias. Habría que habituarse a la ambivalencia entre lo claro y lo oscuro, lo cierto y lo incierto, la fe y la duda, el orden y el desorden, en el contexto del nuevo paradigma que preconiza Salvador Pániker. Habría que asumir la incertidumbre. Habría que aceptar un sentido nuevo de los límites. Nunca en la historia han surgido tantos nuevos antagonismos, por lo que nunca como ahora debemos prepararnos para hacerlos

frente, o mejor, aceptarlos. La neo-moralización de la democracia está exigiendo otros nuevos planteamientos.

#### 4. EPILOGO

Todo lo señalado exige unas cuantas consideraciones finales:

a) Bien es verdad que la ideología política es algo teórico, abstracto —podríamos decir que doctrinal—, y que la mayoría de las veces choca con su realización práctica, por la vía de los hechos. La política es praxis: o es práctico-operativa, o no es nada. Lo malo desde el punto de vista ético es que la ideología se convierta en simple instrumento manipulativo; es decir, en algo utilizable, capitalizable, rentabilizable, que sólo sirve para alcanzar el poder y, una vez alcanzado éste, mantenerse en él durante el mayor tiempo posible. Las “ideas” se convierten así en instrumentos de dominio, máxime cuando en el fondo no se cree demasiado en ellas. Primer gran fallo de la ética en el plano político.

b) Por otra parte, es fundamental tener presente el carácter claramente ambivalente que todo poder comporta. El poder siempre encierra valores positivos y negativos, es bueno y malo simultáneamente; y, por buenos que sean los fundamentos que le mueven, debe ser consciente de que nunca está en condiciones de *hacer el bien absoluto*. Ahora bien, también debe ser consciente —y, sobre todo, proponérselo— de que en esa relación entre valores positivos y negativos —entre lo bueno y lo malo— debe darse una clara *asimetría* con predominio de los primeros. Una ética del poder —una ética de la influencia sobre los demás— debiera siempre tener presente este equilibrio de antagonismos, este margen de ambivalencia —de contradicciones insalvables— en que tiene que inevitablemente ejercerse. Pero también saber del lado sobre el que debe inclinarse.

c) Y, por si fuera poco, una cosa es la *legitimidad* del poder político —antaño fue por “la gracia de Dios” y hoy es por “sufragio universal”— y otra, muy distinta, el *uso* que se haga del mismo. Y es en este segundo aspecto donde las objeciones al “poder felipista” son de más peso. Por ejemplo, ¿acaso no se da una alegre utilización del dinero público? Es sabido que la Federación de la Construcción de UGT comunicó a Félix Pons que podría alquilar en Madrid hasta 14 viviendas de protección oficial de 90 metros cuadrados con las 450.000 pts. que pagamos los contribuyentes por el alquiler mensual de su vivienda particular. Y, ¿qué decir de la práctica de comisiones fraudulentas por contratos públicos? ¿Y del tráfico de influencias? ¿Y de las financiaciones ocultas de los partidos políticos?

Tampoco hay que perder de vista cómo el *uso* del poder supone unos deslumbramientos en los que se pueden quedar los políticos fácilmente prendidos. Para nadie es un secreto la enorme satisfacción, gozos y complacencias con que buena parte de los cargos del PSOE descubrieron las delicias del poder, y, como niños con zapatos nuevos, se entregaron a ellas; cómo quedaron maravillados ante ese



bazar de servicios gratuitos —viajes, almuerzos, recepciones, viviendas— que los cargos ofrecían sin limitaciones. Y así pues, la identificación no ya con los rituales, sino con los beneficios del cargo, fue rapidísima, a más de casi exultante. Si, por lo tanto, no se parte de la premisa de que se está al servicio del Estado —en definitiva, al servicio de los ciudadanos—, el tránsito es facilísimo a convertirse en *amos* del Estado, en señores de sus súbditos, en dueños de unos bienes que no son suyos y que sólo se les confió para que administrasen.

Etica y política, en definitiva, son inseparables, por muchas contradicciones y ambivalencias que entre sí comporten. Por ejemplo, entre lo éticamente puro y lo realmente *eficaz* pueden existir evidentes antagonismos. Pero también es cierto que lo *ético* tiene una dimensión política indudable, en la medida en que un comportamiento político honesto, austero, justo y entregado se constituye en un valor político altamente rentable; es decir, lleva en sí mismo un importante capital político.

ro  
ac  
nd  
na

rida  
lativ  
reem  
guier

nto mi  
a autor  
autor  
rales o  
u. Uno  
del pensa  
gante hun

extrema,  
ombre se d

rmarse en  
de cambia